



LAS MUSAS Y LA FILOSOFÍA DE PLATÓN

Por Norma Novoa

“Ante todo, cantemos a las Musas Helicónidas, que habitan la montaña grande y divina del Helicón. Con sus pies delicados bailan en torno a una fuente de violáceos reflejos y al altar del muy poderoso Cronión...”

Hesíodo

Homero y Hesíodo, fueron para los griegos, sabios antes que poetas. Sabios en cuanto portavoces del Saber de las Musas, puesto que sus cantos eran su decir mismo, su Verbo, esto es, lo divino comunicándose. El poeta antiguo encarna a las Musas en su creación, permitiendo que Dios Nuestro Señor, se exprese a través de él, de esta manera el Arte Sagrado sirve a Dios, con sus adoraciones y alabanzas. Del Cielo provienen la belleza y verdad que lo llenan de contenido y al Cielo vuelven a través de las alabanzas. Frente al Saber de las Musas, dadoras de las luces de la Vida y de la Creación más sutil y perfecta, el

griego, descubrió su propio saber, entregándose totalmente al conocimiento de estas Divinas Diosas, transformándose así en "Filósofo", es decir, en amante de la Sabiduría Divina. Pero, ¿quiénes son estas doncellas que, según nos cuenta Hesíodo en la Teogonía, cantan y danzan con pies delicados en torno a una fuente de violáceos reflejos, allá en el monte Helicón? Son las Señoras de la música y el conocimiento, con la facultad que convierte a los humanos en seres cercanos a lo Divino. Por eso la tradición las ha vinculado siempre con las artes y con las ciencias. En tanto poseedoras de todo el saber son las Inspiradoras y Protectoras de la Filosofía. Ellas son la condición indispensable para que la totalidad sea perfecta; la suya es, en efecto, una voz que alaba la Perfección del Universo.

La dignidad de estas diosas estriba en la misión que cumplen: acercarnos a Dios Nuestro Señor, a partir de hacernos recordar el origen divino de todo cuanto existe y, destruir la ignorancia causada por el olvido de Dios. Tal como enseña Platón, los hombres siempre actúan, aunque no lo sepan, conforme a la idea fundamental que subyace a todos los principios de la cosas, la idea del Bien. Únicamente el despertar el saber a los hombres, esto es, un hacerles *“recordar la verdad de los principios de las cosas”*, puede lograr que vivan conforme a su esencia: *“participar activamente, por medio del conocer y el obrar, en la verdad de la idea o de lo que Es”*. En esta tarea

pedagógica, vio Platón la obra de la filosofía misma, que siempre está guiada por las Musas, así lo expresa en sus diálogos: Ion, Fedro, Fedón y La República.

En el diálogo *Fedro*, tras hablar del alma y del amor, en el cálido mediodía ateniense, Sócrates vence la modorra de la siesta contándole al joven Fedro la historia de las cigarras:

“¡Verdaderamente, no es propio de un hombre amigo de las Musas no haber oído hablar de cosas como estas! Es fama, pues, que en otro tiempo las cigarras fueron hombres de los que vivían antes que nacieran las Musas, y que al nacer las Musas y aparecer el canto, a algunos de los hombres de entonces, hasta tal punto los colmó el goce, que, cantando, se despreocuparon de la comida y la bebida, y murieron sin darse cuenta de ello. De éstos se originó después la raza de las cigarras, que recibió de las Musas el privilegio de no necesitar ningún alimento desde el instante de su nacimiento, y, sin comer ni beber, ponerse inmediatamente a cantar hasta su muerte, e ir después a comunicar a las Musas quien honra a cada una de ellas aquí abajo. Y así, revelan a Terpsícore quienes son los que la honran en los coros, y se los hacen más aceptos; y a Erato, los que la honran en el amor, y asimismo a las demás, según la forma de honor debido a cada una. Y a la mayor, Calíope, y a la que le sigue, Urania, les revelan quienes pasan la vida en la filosofía y honran la música de ellas que, siendo las Musas del Cielo y de

las cuestiones divinas y humanas, son, entre todas las Musas, las que profieren los sones más hermosos. Hay muchas razones, por consiguiente, para hablar sobre algo, y no dormir al mediodía.”

Podríamos decir, que las cigarras son todos aquellos que, extasiados por el canto de las Musas, dejan de lado la parte más instintiva, para dedicarse a la actividad más importante de todas: la Filosofía, donde se unen la música y la poesía. Las cigarras son todos aquellos que, movidos por una fuerza divina que los posee, al ejecutar sus cantos nos recuerdan que no debemos dormir la siesta, como enseña nuestra Madre: “NTP, no hay tiempo que perder”, no debemos dejarnos llevar por la pereza; las cigarras son aquellos que perviven en la memoria, que cantaron y tan bella fue su canción que no pudo apagarse. Su canto continúa, intacto, imperecedero, eterno. Pues al elevar un himno en alabanza, el linaje de los poetas es realmente divino, porque está poseído por Dios, ya que con la ayuda de las Musas siempre se comunica la Sabiduría Divina.

Platón, en este diálogo, menciona cuatro Musas. En primer lugar a Terpsícore, Señora de la danza. La danza es la más natural y primera reacción ante la música, la Tierra danza alrededor de la luz del Sol, las copas de los árboles danzan al compás de la música del viento, es el inevitable movimiento que la música produce tras embriagar nuestras almas. En segundo lugar

menciona a Erato (de Eros), Musa del amor. El amor es uno de los temas centrales del *Fedro*, las alas del carro que nos eleva hasta contemplar la eterna belleza, pura y verdadera, la misma que necesariamente debe ser el combustible de todo lo que hacemos en nuestras vidas. Por último, menciona conjuntamente a Calíope y a Urania; la mayor, y la que va detrás de ella. La una es la Musa del buen decir y la poesía épica, la otra es la Musa de la astronomía, relacionada con la cúpula celeste, donde habitan los dioses. Calíope nos eleva hacia Urania, hacia las estrellas, hacia el Cielo Divino, sobre el cual, se podrá por un momento, contemplar la cúspide de la Verdad.

En su diálogo *Ion*, Platón resalta que el arte de hablar bien, es una virtud divina, semejante a la piedra que Eurípides ha llamado magnética, conocida como piedra de Heráclea. Esta piedra, no sólo atrae los anillos de hierro, sino que les comunica la virtud de producir el mismo efecto y de atraer otros anillos, de suerte que se ve una larga cadena de trozos de hierro y de anillos suspendidos los unos de los otros. Todos estos anillos sacan su virtud de esta piedra, a partir de este ejemplo, Platón habla de la “Divina Imantación”, partiendo de la imagen de una cadena, que iniciada en las Musas, engarza distintos anillos: el poeta, el rapsoda (aquí como intérprete) y el espectador u oyente de la obra. La divinidad ejerce su influencia sobre el poeta, que le sirve como mediador, para hacer llegar

sus palabras a los hombres; estos entran así en contacto con el ámbito divino y llegan a ser ellos mismos divinizados. A través de ese entusiasmo, la divinidad atrae a los hombres. Esta atracción, es expresada en la imagen de las Musas, que actúan como un imán que ejerce su magnetismo sobre los demás anillos. La imagen de la cadena magnética plasma la idea de que ni la actividad rapsódica ni la poética constituyen un saber aprendido, sino un don de los dioses, un recuerdo; así, la verdad del contenido transmitido por la poesía responde a la autoría divina. Podemos cerrar esta idea con las palabras que el filósofo dice en el Fedro: *“es más hermosa la locura que procede de la divinidad, que la cordura, que tiene su origen en los hombres”* El grado de locura y de posesión viene de las Musas, cuando toman un alma virtuosa, despertándola y alentándola hacia cantos y toda clase de poesía, que al ensalzar mil hechos de la creación, cumplen la función de educadoras.

El alma es eterna, y por lo tanto divina, igual que el conocimiento que hemos olvidado y debemos recordar. Según dónde coloquemos el énfasis, podrán terminar nuestras palabras en plegaria, como lo hace Sócrates en el Fedro, o en un simple argumento razonado. Platón, siempre distingue el don que estas Divinas Inspiradoras pueden conceder a los hombres, definiendo al filósofo como un *“amante de las Musas”* (*Philómoussos*), que va *más allá* o que puede adentrarse en el *ámbito inte-*

ligible que hay por encima del cielo, pues el canto de las Musas es divino. La filosofía es vista en Fedón como la *música más excelsa*.

Muchas veces cuando se lee las palabras de Platón: “*a quienes pasan su vida en la filosofía y honran su música*” inevitablemente reparamos sólo en la primera parte de la frase, vivir en la filosofía, sin embargo, no debemos obviar su segunda parte “*y honran su música*”. Muchos filósofos, parecen haber olvidado que la filosofía es música y que como tal, sólo debería expresarse en su forma natural, desde el alma. Todo buen poeta es buen filósofo, y encuentra el énfasis de la sentencia platónica, en honrar la música para vivir la filosofía. La relación entre música y filosofía es fundamental desde la Antigüedad. Por eso, cuando nos acercamos a la obra de filósofos como Pitágoras o Platón, podemos reconocer el papel central que la música juega en la filosofía y, nos será más sencillo comprender la definición de la filosofía como “*la música más excelsa*”; pero sobre todo, repararemos en el gran valor que todavía hoy tienen las reflexiones antiguas sobre el papel de la música en la educación, la contemplación y el conocimiento. Platón, en La República, enseña que el alma que más haya vislumbrado alguna de las verdades en el séquito de lo divino, deberá encarnar primeramente en el género de vida de un filósofo, de un amante de la belleza y servidor de las Musas. En el caso del

amante o servidor de las Musas, deberíamos pensar en todo aquel consagrado al cultivo de alguna de las nueve Musas, que ejercen el patronazgo de todas las áreas del pensamiento. Por otra parte, mousiké (música, o el arte de las Musas)), es el término con el que Platón designa la educación poético-musical. Para el filósofo mousiké es fundamental para la formación del alma.

Los neoplatónicos, hablan del arrebató que estas diosas provocan al ser escuchadas, arrebató divino que transporta nuestro espíritu de gloria en gloria, hasta esa cima del gozo que ilumina al alma con su música celestial y que desemboca en la Conciencia Perfecta. Tal como Nuestra Madre nos enseña:

Una vez que el ser humano despierta a la gloria de la música celeste, que nace cuando se oye atentamente, ese ser humano se descubre como el más perfecto de los artífices: el que es capaz de esculpírse espiritualmente a sí mismo.

Ada Albrecht

Notas para el camino

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*